

FILON
TODO HOMBRE BUENO ES LIBRE

Traducción del griego, prólogo y notas de
Francisco de P. Samaranch

Este tratado quiere demostrar, con una plenitud y extensión inusitadas, la verdad existente en la paradoja estoica de que solamente el hombre sabio es libre.

AGUILAR

**BIBLIOTECA DE INICIACION
FILOSOFICA**

*FILON / Magister
Nuremberg*

**TODO HOMBRE BUENO
ES LIBRE**



AGUILAR

Alfonso Rafael Durán Roszga

F I L O N

TODO HOMBRE BUENO
ES LIBRE

Traducción del griego, prólogo y notas de
FRANCISCO DE P. SAMARANCH



AGUILAR

MADRID — BUENOS AIRES — MEXICO

El título original de esta obra es
ΠΕΡΙ ΤΟΥ ΠΑΝΤΑ ΕΠΙΟΤΑΑΙΟΝ ΕΛΕΠΤΘΕΡΟΝ ΕΙΝΑΙ

escrita en su juventud por

FILON DE ALEJANDRIA

(hacia 20 a. de J. C. - ?)

PROLOGO

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito que marca la ley Nº 11.723.
Copyright © 1962 by M. Aguilar, Editor, Buenos Aires.

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

y la conducta humanas crean una igualdad similar entre aquellos que son ya provecos en las cuestiones y ciencia de la vida. Ahora bien, los buenos son todos provecos o proficientes en estas materias, ya que sus progresos abarcan toda la naturaleza. Y se admite sin discusión que algunos de estos buenos son libres y, por consiguiente, todos los que gozan del derecho de dirigirse a ellos en pie de igualdad son también libres. Por tanto, ningún hombre bueno es esclavo, sino que todos son libres.

CAPITULO VIII

CON un argumento del mismo tipo se verá claramente que el necio es un esclavo. Las leyes de la música, de la gramática, del arte en general no pueden hacer que el que no es músico, no es literato, no es, en general, artista, esté en igualdad de condiciones para discutir con el que es músico, literato o artista. De la misma manera, las leyes de la vida y la conducta no pueden poner en igualdad de condiciones para la discusión al que es proficiente en las cosas de la vida y al que no lo es. Ahora bien, este derecho de igualdad en la discusión que confieren estas leyes, se da a todos los libres (y algunos buenos son libres) ¹. Y en las cosas de la vida los malos no aprovechan, mientras que los sabios son todos proficientes, de manera que ningún malo es libre, antes todos son esclavos. Zenón, que vivió según las directrices de la virtud en un grado difícilmente superable, demuestra aún más contundentemente que los malos no están en igualdad de condiciones en su trato con los

¹ El argumento parece debe quizá entenderse así: la "isegoría" o igualdad de trato entre las personas implica que sean de la misma categoría social, o ambas libres, o ambas esclavas. Todos los hombres buenos, proficientes en el arte de la conducta, tienen entre sí una mutua "isegoría". Luego, todos ellos son libres o son esclavos. Como nadie negará que al menos algunos hombres buenos son libres, se sigue... Análogamente en el argumento de la esclavitud de los malos, si bien no se ve cómo se acomoda a él la frase "algunos buenos son libres".

virtuosos. "¿Acaso no se lamentará el malo de contrariar al bueno?", dice él. El hombre malo, por tanto, no tiene derecho de hablar a un hombre bueno como a su igual¹. Sé que mucha gente criticará estas palabras y sostendrá que la cuestión o el argumento de Zenón manifiesta presunción más bien que buen sentido. Pero, cuando hayan acabado sus burlas y hayan dejado de reírse, si quieren mirar íntimamente y buscar una clara inteligencia de la frase, reconocerán, para su total confusión, la absoluta verdad de la misma y que nada lamentará tanto un hombre como el que un sabio se niegue a escucharle. Pues, la confiscación de la moneda, la pérdida de todas las franquicias, el destierro, la injuria de ser azotado o cualquier otra cosa del mismo tipo, son cosas pequeñas o de poca monta cuando se oponen a los vicios y a los resultados que derivan de ellos. Pero, la mayoría, que a causa de la ceguera de su razón no discierne los daños que el alma ha sufrido, sienten solamente la pena de las injurias externas, porque la facultad del juicio, la única que los puede capacitar para aprehender el daño de la mente, les ha sido quitada. Pero, si ellos recuperaran la vista, y observaran las ilusiones y engaños que trae consigo la necedad, los ultrajes que ha cometido la cobardía, y todo aquello que la imbecilidad de la incontinencia y la ilegalidad de la injusticia han llevado a cabo, se llenarían de una pena sin fin por el estado calamitoso en

¹ Algunos autores toman esto como parte de la cita de Zenón. Otros creen que no es sino una inferencia de Filón, supuesta la cita de aquél. Estos se apoyan en que algo más abajo se trata enteramente de la cita de Zenón, sin hacer referencia alguna a esta inferencia.

que se hallaba lo mejor que ellos poseían, e incluso rehusarían recibir todo consuelo, al ser tan grandes los males que les habían acaecido.

Podemos muy bien suponer que la fuente de la que Zenón sacó este pensamiento fue el libro de la ley de los judíos, el cual nos habla de dos hermanos, uno sabio y moderado, el otro incontinente, y de qué manera el padre de ambos rogó con lástima que aquél que no había alcanzado la virtud fuera el esclavo de su hermano¹. El afirmó que la esclavitud, que los hombres consideran el peor de los males, era el mejor don posible para el necio, ya que la pérdida de la independencia le impediría transgredir sin miedo al castigo de la ley, y porque su carácter mejoraría bajo el control de la autoridad que se había puesto sobre él.

¹ Gen., XXVII, 40: "tú servirás a tu hermano".

CAPITULO IX

HE dicho hasta ahora todo lo que me parecía necesario para demostrar la proposición; pero, de la misma manera que los médicos usan regularmente una mayor multiformidad de tratamientos para tratar enfermedades de muchas formas distintas, así también, cuando se presentan afirmaciones que se consideran paradójicas, la poca familiaridad que tenemos con ellas nos hace necesaria la aplicación de una sucesión de pruebas que se refieran al asunto. Ya que algunos solamente llegan a entender bajo el impacto de una serie continuada de demostraciones. Así pues, el argumento que sigue a continuación se adapta bien a la cuestión. El que siempre obra sensatamente, siempre obra bien; el que siempre obra bien, obra siempre rectamente; el que siempre obra rectamente, obra también impecablemente, sin merecer recriminación, sin faltas, irreprochablemente, inocentemente, y por consiguiente tendrá la capacidad o poder de hacer cualquier cosa y de vivir como desee; y el que tiene este poder debe ser libre. Ahora bien, el hombre bueno obra siempre sensatamente: luego, solamente él es libre. Por otra parte, el que no puede ser obligado a hacer nada y a quien no se le puede impedir que haga nada, no puede ser un esclavo. Ahora bien, el hombre bueno no puede ser obligado ni impedido; luego, el hombre bueno no puede ser un esclavo. Es evidente que él no se ve coaccionado o impedido. Uno cualquiera se ve impedido de

hacer algo cuando no consigue lo que desea; ahora bien, el hombre bueno desea cosas que tienen su origen en la virtud, y esas cosas, siendo él lo que es, no puede dejar de conseguirlas. Además, si uno es coaccionado a algo, obra en contra de su voluntad. Pero, dondequiera hay acciones, hay acciones rectas nacidas de la virtud, acciones malas nacidas del vicio, o bien acciones indiferentes o neutras. Las acciones virtuosas las realiza él no por coacción sino voluntariamente, puesto que todo lo que hace es lo que él juzga deseable. Lo vicioso debe ser evitado y por eso ni tan siquiera sueña en hacerlo. Tampoco de manera natural obra él en las cosas indiferentes por coacción. Respecto de estas cosas, su mente, como en una balanza, tiene su contrapeso, enseñada a no rendirse a ellas reconociéndoles un peso superior, ni tampoco a mirarlas con hostilidad, como si merecieran aversión. De donde resulta evidente que él no hace nada involuntariamente y nunca es coaccionado, mientras que, si fuera esclavo, sería coaccionado; por consiguiente el hombre bueno será un hombre libre.

CAPITULO X

AHORA bien, entre aquellos que han tenido poco contacto y trato con las musas, los hay que carecen de toda inteligencia acerca de los métodos de la deducción lógica, sino que asientan juicios generales basados en las apariencias. Esa gente pregunta con frecuencia: "¿quién hubo en el pasado y quién hay ahora que viva de la manera que tú imaginas?" Una excelente respuesta es decir que en el pasado ha habido quienes han superado a sus contemporáneos en la virtud, que tomaron a Dios como a su único guía y vivieron conforme a la ley de la recta razón de la naturaleza, siendo libres no solamente ellos mismos, sino comunicando a sus vecinos el espíritu de la libertad; igualmente en nuestros propios días existen aún hombres formados en la medida de lo posible en la imagen original que nos facilitaron las altas virtudes de los sabios. Pues no es una consecuencia lógica que, si las almas de los contradictores han estado despojadas de la libertad, esclavizadas a la necedad y a los demás vicios, lo mismo tenga que ser verdadero de toda la raza humana. Ni es motivo de sorpresa el que el bueno no aparezca arrebañado en grandes multitudes. En primer lugar, porque los casos de una gran bondad son raros; en segundo lugar, porque ellos evitan la gran turba de los irreflexivos, y se aíslan en la tranquilidad para contemplar lo que la naturaleza tiene que enseñarles.

Su plegaria favorita es que, si es posible, puedan ellos operar una reforma en las vidas de los demás, ya que la virtud sirve a la prosperidad y al bienestar común. Pero, puesto que esto ha resultado imposible por los hechos atroces que inundan las ciudades, aumentados aún por las pasiones y los vicios del alma, huyen razonablemente, a fin de no ser arrollados y arrastrados por la fuerza de esta corriente, como por la violencia arrolladora de un torrente. Pero nosotros, si tuviéramos algún celo por mejorar, los seguiríamos hasta sus escondrijos más ocultos y, cayendo ante ellos como suplicantes, les exhortaríamos a que se juntaran a nosotros y humanizaran nuestra vida bestializada, proclamando, en lugar de la guerra y la esclavitud y una multitud de males, la paz, la libertad y la sobreabundante profusión de todos los demás bienes. En la actualidad, con el fin de conseguir dinero escudriñamos todos los rincones, abrimos las duras y rocosas vetas de la tierra, y gran parte de las tierras bajas y una parte no pequeña de las tierras altas están minadas por la búsqueda del oro y la plata, el cobre y el hierro, y otras sustancias análogas. Las mentalidades más vacías, divinizando la vanidad, bucean en las profundidades del mar, buscando a ver si yace escondido en sus honduras algún hermoso tesoro que deleite los sentidos. Y, una vez que han encontrado distintas especies de piedras preciosas de muchos colores, unas adheridas a las rocas, otras, las de más alto precio, a las conchas, conceden todo honor al seductor espectáculo. Pero, por la sabiduría, la templanza, la fortaleza o la justicia, la tierra sigue sin ser recorrida, aunque sea bien accesible, y el mar sigue

sin ser navegado, aunque los navegantes lo recorran en todas las estaciones veraniegas. Y, sin embargo, ¿qué necesidad hay de un largo viaje por tierra o por mar en busca de la virtud, cuyas raíces han sido puestas siempre cerca de nosotros por su Hacedor, como nos dice también el sabio legislador de los judíos, "en tu boca, en tu corazón, en tus manos", indicando con esto figurativamente las palabras, los pensamientos y las acciones?¹ Todas esas cosas, en verdad, precisan del arte del cultivador. Todos los que prefieren la holgazanería al trabajo, no solamente impiden el desarrollo y crecimiento, sino que también marchitan y destruyen las raíces. Pero, los que consideran nociva la inactividad y se entregan voluntaria y gustosamente al trabajo, hacen lo que hace el agricultor con los tallos muy jóvenes. Con un cuidado constante hacen que las virtudes se desarrollen hasta convertirse en troncos que se levantan hacia los cielos, renuevos siempre florecidos e inmortales, produciendo y sin dejar nunca de producir frutos de felicidad, o bien, según algunos dicen, no tanto produciendo cuanto sintiendo ellos en sí mismos esta felicidad. A esos los llama Moisés a menudo con el nombre compuesto de frutos-totales². En el caso de las plantas que brotan de la tierra, ni los árboles son

¹ Estos párrafos se apoyan en *Deut.*, XXX, 11-14; parte del texto se cita actualmente, pasaje que se cita frecuentemente en Filón, por ejemplo, *De las virtudes*, cap. 34, interpretando de la misma manera que aquí el versículo 14.

² Significa que, mientras que en los huertos naturales el fruto solamente llega en el estadio o fase final, en la vida espiritual todo es fruto.

el fruto, ni el fruto es los árboles, pero en la plantación del alma los vástagos de la sabiduría, la justicia, la templanza, tienen su ser entero completamente transformado en fruto.

CAPITULO XI

TENIENDO, pues, en nosotros mismos tales recursos y potencialidades, ¿no nos avergonzaremos de afirmar que la raza humana carece de sabiduría, una sabiduría que los fuelles podrían encender en llama brillante, como la centella que arde sin llama en la leña? Sin embargo, esas cosas por las que deberíamos luchar ardientemente, tan íntimamente afines a nosotros, tan verdaderamente nuestras, las tratamos con gran flojedad y constante indiferencia, y destruimos así los gérmenes de la virtud, mientras que aquellas cosas en que la deficiencia fuera un mérito, las deseamos con un anhelo insaciable. En consecuencia, la tierra y el mar están llenos de hombres ricos, de hombres distinguidos y amantes del placer, mientras que el número de sabios, de justos y de virtuosos, es pequeño. Ahora bien, ese pequeño número, aunque escaso, no es absolutamente inexistente. Tenemos a favor de esto el testimonio de Grecia y del mundo todo fuera de Grecia. En Grecia florecieron los sabios conocidos también por el nombre de los Siete, nombre especialmente apropiado¹, y podemos esperar que tanto antes de ellos como luego de ellos hayan vivido otros su vida, si bien la memoria de los más antiguos se ha desvanecido en el transcurso de muchos años, y en el caso de aquellos

¹ Aunque algunos dicen que la "sabiduría" y el "sabio" son inexistentes, la conclusión es que cada una de estas cosas es un "hecho existente".

cuyas vidas son aún muy recientes se ha oscurecido por la total negligencia de sus contemporáneos.

En el mundo exterior, donde se hallan los que estiman las obras más que las palabras¹, encontramos amplias asociaciones de hombres de la más alta virtud y excelencia. Entre los Persas está la orden de los Magos, quienes investigan calladamente los hechos de la naturaleza, a fin de alcanzar el conocimiento de la verdad, y por medio de visiones más claras que el lenguaje, dan y reciben las revelaciones de la divina excelencia. En la India, también, existe la orden de los Gimnosofistas², que estudian tanto la filosofía ética como la física, y hacen de todas sus vidas una exhibición de virtud.

¹ Esta es la traducción del único texto traducible entre todos los manuscritos. Sin embargo, resulta prácticamente ininteligible. Colson cree que el texto griego debe ser corregido de modo que signifique: "en que los hechos son tenidos en más alta estima que las palabras". En apoyo de esto hay que notar que Estrabón, XV, 1, 59, cita a Megástenes, quien dice de los Brahmanes que "eran más fuertes y mejores en las obras que en las palabras". Es por lo menos muy probable que Filón tuviera aquí presente a Megástenes.

² No sabemos con certeza qué es lo que entendió Filón con el término de Gimnosofistas, si no fue más que otro nombre con que se designaba la casta de los filósofos indios o Brahmanes, o quizá un tipo especial de asceta de entre ésta y las demás castas. Con la misma vaguedad que aquí son mencionados por Estrabón, XVI, 2, 39, junto con los magos y los adivinos de otras naciones. La descripción que más se acerca al nombre griego es la que da definitivamente Flavio Arriano —s. II d. de C.—, quien se supone citaba también a Megástenes: dice de la casta filosófica de la India que en su totalidad vivían desnudos. Desde luego la leyenda que recibió Filón comprendía dos cosas: a) la creencia de que los filósofos constituían una casta; b) la de que algunos de ellos practicaron un ascetismo especial, sin especificar más en qué consistía.

CAPITULO XII

TAMPOCO la Siria Palestinense ha dejado de producir una excelencia moral elevada. En ese país vive una parte considerable de la nación muy populosa de los judíos, incluyendo, como se ha dicho, a ciertas personas, más de cuatro mil en número, llamadas Esenios¹. Su nombre, que es según yo creo una variación de "ἁγιότης" —santidad—, si bien la forma del griego es inexacta, se les dio a ellos, porque se mostraron ellos mismos especialmente solícitos del servicio de Dios, no ofreciendo sacrificios de animales, sino resolviéndose a santificar sus propias mentes. Lo primero que hay que notar en esta gente es que viven en pueblos, y evitan las ciudades a causa de las iniquidades que han llegado a ser inveteradas entre los que habitan en ellas; ellos, en efecto, saben que esa compañía tendría para sus propias almas un efecto mortal, igual que una enfermedad llevada por una atmósfera pestilencial. Algunos de ellos trabajan en el campo, y otros se ocupan en artes u oficios que sirvan para cooperar con la paz y beneficiarles así a ellos mismos y a su vecinos. Ellos no amontonan oro o plata, ni adquieren grandes parcelas de terreno, deseosos de las

¹ No vamos a estudiar en esta nota la cuestión histórica de los Esenios. Sólo queremos hacer notar que lo que Filón nos dice de su vida y costumbres se halla también en el historiador Josefo, si bien este autor detalla mucho más todos los aspectos de su vida. Filón, pues, debió conocer de fuente bastante fidedigna lo que nos cuenta.

rentas que produzcan ellos, sino que solamente proveen a lo que viene impuesto por las perentorias necesidades de la vida. Pues, mientras ellos están casi solos entre toda la humanidad, dentro de la cual han venido a ser personas sin dinero y sin tierras por una acción deliberada más que por una falta de buena suerte, ellos se estiman excesivamente ricos, porque ellos juzgan que la frugalidad con la alegría es, como en verdad es, una abundancia de riquezas. En cuanto a los dardos, las jabalinas o las dagas, o bien los yelmos, corazas o escudos, no es posible encontrar entre ellos un solo hombre que los fabrique, ni, de una manera general, persona alguna que construya armas o máquinas de guerra o ejerza ningún trabajo relacionado con la guerra, como tampoco ningún trabajo pacífico que fácilmente pueda degenerar en vicio; ellos, en efecto, no poseen la indeterminada idea del comercio, ni al por mayor o al detalle, ni de tipo marino, sino que conjuran y apartan de sí todo lo que induce a la codicia. No se puede hallar ni un solo esclavo entre ellos, sino que todos son libres, intercambiándose mutuamente sus servicios, y denuncian a los poseedores de esclavos, no solamente por su injusticia al ultrajar y violar la ley de la igualdad, sino también por su impiedad al anular la ley de la naturaleza, que al igual que una madre ha dado a luz y ha alimentado a todos los hombres por igual, y los hizo verdaderamente hermanos genuinos, no tan sólo en el nombre, sino en la misma realidad, si bien este parentesco ha sido llevado a una tremenda confusión por el triunfo de la maldita codicia, que ha labrado entre ellos una extranjería en vez de una afinidad, y una enemistad en lugar de una amistad. En

cuanto a la filosofía, dejan de lado la lógica para los que andan a caza de palabras sólo, como algo no necesario para la adquisición de la virtud, y lo físico o la física lo dejan a los visionarios charlatanes como algo que está más allá de lo que puede captar la naturaleza humana, reteniendo tan sólo aquella parte que trata filosóficamente de la naturaleza de Dios y de la creación del universo. Ahora bien, la parte que corresponde a la ética la estudian ellos muy aplicadamente, tomando como maestros e instructores las leyes de sus padres, que sin duda no pueden haber sido concebidas por el alma humana sin la inspiración divina.

Son instruidos en ellas durante todos los demás tiempos, pero de manera especial el séptimo día de cada semana. Ya que este día ha sido designado aparte, a fin de que sea considerado santo, y en él se abstienen de todo otro trabajo, y se dedican a reunirse en los lugares sagrados que llaman sinagogas. Allí, colocados en filas según sus edades, los más jóvenes por debajo de los mayores, se sientan decorosamente, como corresponde a la ocasión, con oídos atentos. Entonces uno toma los libros y lee en voz alta, y otro especialmente aventajado se adelanta y expone lo que no se ha entendido. Pues la mayor parte de su estudio filosófico toma la forma de alegoría, y en esto emulan la tradición del pasado¹. Se ejercitan en la piedad, en la santidad, en la justicia, en la conducta doméstica y ciudadana, en el conocimiento de lo que es verdaderamente bueno, malo o indiferente,

¹ O bien "con un ardor digno de los hombres de la antigüedad". La misma frase se encuentra en el *De la plantación*, cap. 38, y en el *De la emigración de Abrahán*, cap. 36, donde también el significado exacto resulta un tanto incierto.

y en cómo elegir lo que quieren y evitar lo que se opone a esto, tomando como normas definidoras de su vida estas tres cosas, el amor a Dios, el amor a la virtud y el amor a los hombres. Su amor a Dios lo manifiestan con una gran multitud de pruebas, por su pureza¹ religiosa, constante e incorrupta, a lo largo de todas sus vidas, absteniéndose de jurar, por su veracidad, por su fe en que la Divinidad es la causa de todas las cosas buenas y de ninguna cosa mala; manifiestan su amor a la virtud por su espíritu libre y ajeno al amor al dinero, a la buena fama y al placer, por el dominio de sí mismos y su paciencia, y también por su frugalidad, por su vida sencilla, por su alegría y contento, por su humildad, por su respeto a la ley, su firmeza y otras cualidades análogas; manifiestan su amor a los hombres en su benevolencia y en su sentido de la equidad, por su espíritu de camaradería y convivencia, que desafía toda descripción, aunque unas breves palabras acerca de él no estarán de más. Primero de todo hay que decir que la casa de ninguno de ellos es propiedad suya en el sentido de que no participen todos de ella, ya que, además del hecho de que viven todos juntos en comunidades, su puerta está abierta a cualesquier visitantes de donde sea que compartan sus convicciones.

Por otra parte, todos ellos tienen un único tesoro y unos desembolsos o gastos comunes; sus vestidos son poseídos en común e igualmente su alimento es adquirido de esta manera a través de su institución de comidas públicas. En ninguna otra comunidad podemos hallar la

¹ Es decir, la pureza ceremonial y el evitar toda mancha. La pureza de la vida queda más bien incluida en el "amor a la virtud".

costumbre de compartir el techo, la vida y el alimento más firmemente establecida en la práctica actual. Y esto no es más que lo que se podría esperar. Pues todos los salarios que ellos ganan en sus días de trabajo no los guardan como propiedad privada, sino que lo acumulan todo en un depósito común, y permiten que el beneficio que resulta así de ello sea compartido por aquellos que deseen utilizarlo. No se olvidan del enfermo, con la excusa de que él no puede proveer a ninguna cosa, sino que tienen disponible el costo de su curación y tratamiento en el depósito común, de manera que él pueda encontrar recursos con toda seguridad y más allá de la mayor riqueza. A los hombres mayores y ancianos se les tributa el respeto y cuidado que los hijos reales¹ dan a sus padres, y ellos reciben de incontables manos y mentes un pleno y generoso mantenimiento para sus últimos años.

¹ "Reales" se dice aquí en su sentido literal y en oposición al sentido figurativo de hijos en la educación o el espíritu, etc.

CAPITULO XIII

TALES son los atletas de la virtud que engendra una filosofía libre de la pedantería del verbalismo griego, una filosofía que lleva a sus discípulos a ejercitarse ellos mismos en acciones laudables, por las que queda firmemente establecida esta libertad que nunca puede ser reducida a esclavitud. Ahí tenemos una prueba de ello. Son muchos los potentados que en muchas ocasiones se han erigido en poder sobre el país. Diferían en su naturaleza y en la línea de conducta que seguían. Algunos de ellos llevaron su gusto por exceder a los animales salvajes en ferocidad hasta el extremo del salvajismo. No dejaron por practicar ninguna forma de crueldad. Mataron a sus súbditos al por mayor, o bien, como si fueran cocineros, los trincharon a pedazos miembro a miembro cuando aún estaban vivos, y no dieron tregua a sus manos hasta que la justicia que vigila los asuntos humanos los visitó a ellos con las mismas calamidades. Otros transformaron su locura salvaje en otra especie de vicios. Sus conductas manifestaron una intensa amargura, pero ellos hablaron calmosamente, aun cuando la máscara de su lenguaje blando no ocultaba perfectamente su estado y disposición de rencor. Son zalameros como perros venenosos, y sin embargo cometen males irremediables, y dejan detrás de sí a lo largo de las ciudades los inolvidables sufrimientos de sus víctimas, como monumentos de su impiedad y su inhumanidad. No obstante, ninguno de

esos, ni los más extremadamente feroces ni los más taimadamente astutos, fueron capaces de mantener una sola acusación contra esta congregación de los Esenios o los santos aquí descritos. Incapaces de resistir la elevada excelencia de este pueblo, todos los trataron como a quienes se gobiernan a sí mismos y son por naturaleza hombres libres, y exaltaron sus comidas comunes y ese inexpresable sentido de compañerismo o amistad, que es la más clara evidencia de una vida perfecta e inmensamente feliz¹.

¹ Acerca de los Esenios, véase la nota de pág. 52.

CAPITULO XIV

AHORA bien, puesto que algunos consideran que las virtudes de los cuerpos grandes no son nunca perfectas, sino que ampliamente crecen y mejoran y llegan luego a un término, hemos de citar, como una prueba evidente, las vidas de los hombres buenos individualmente consideradas, que son la demostración más clara de la existencia de la libertad. Kálano era un indio de nacimiento, de la escuela de los gimnosofistas. Considerado como poseedor de la virtud de la paciencia en grado muy superior a todos sus contemporáneos, uniendo las acciones virtuosas a las palabras laudables, se ganó la admiración no solamente de sus compaisanos, sino también de los hombres de otras razas y, lo que es más notable de todo, de los soberanos enemigos. Así, Alejandro de Macedonia, deseando enseñar al mundo griego un ejemplo vivo de la sabiduría de los bárbaros, como una copia que reprodujera la imagen original, comenzó a urgir a Kálano a que viajara con él desde la India, con la idea de que consiguiera una alta fama en toda el Asia y en toda Europa; y cuando tuvo que dejar el intento de persuadirle, le dijo que él le obligaría a seguirle. La respuesta de Kálano fue tan noble como oportuna. “¿Qué mérito o motivo de dignidad mostrarás tú a los griegos, Alejandro, si soy obligado a hacer lo que yo no quiero hacer?”. El grado de sinceridad que hay en estas palabras es también, y mucho más, riqueza de libertad en el pensamiento. Pero